

José Luis Melgarejo Vivanco: Su procedimiento científico y enfoque humanista

Arqueólogo. Mario Navarrete Hernández

No es fácil señalar desde cuándo y por qué razones alguien descubre la vocación que le tomará toda la vida desarrollar y seguir. En el caso del Profesor Melgarejo Vivanco, quizá sea posible atisbar un poco este momento; desde luego que en su infancia recorría la geografía municipal de Actopan y otros lugares próximos a su natal Palmas de Abajo, en donde tenía a la vista y muy bien identificadas por los lugareños, las ruinas de la Villa Rica de la Veracruz, el Cerro de los Metates, los montículos de Mozomboa, los edificios de Zempoala y otros sitios sin etiqueta oficial, pero bien evidentes en el paisaje y conocidos con un nombre popular, como “la casa de la Malinche”, las ruinas de “El Pimiento”, “la casa de Moctezuma”. Vivía inmerso en una provincia arqueológica prolífica en la cual, abundantes restos materiales –cerámica, edificios, navajas y lascas de obsidiana, figurillas- salían a la superficie de la tierra labrantía o brotaban en medio del acahual o en el enredijo de la jimbaña prácticamente por sí mismos, sin necesidad de intervención humana. Los restos arqueológicos ahí estaban.

Lejos de participar de alguna clase de determinismo por parte de quien esto escribe, puede pensarse que esta proximidad con las ruinas arqueológicas, con la naturaleza y con la gente costeña, modeló ese espíritu tan refinado del jovencito que a temprana edad, recogía fragmentos de cerámica arqueológica en el barbecho fresco de arado para iniciar colecciones guardadas cuidadosamente para mejores épocas del conocimiento. El momento de iniciación llegó cuando en los primeros años de 1930 en una ocasión que se antoja mitológica, por lo incierto de la fecha y el lugar, tuvo la oportunidad feliz de establecer contacto con el arqueólogo Enrique Juan Palacios. El encuentro sería trascendente. El arqueólogo básicamente era un educador, egresado de la Escuela Normal del Estado de Puebla y por aquellos años, estaba con Wilfrido DuSolier, efectuando exploraciones en el Tajín y acababa de publicar “*El calendario y los signos cronológicos mayas*”. Autodidacta como era en la arqueología y en la historia, fue uno de los pioneros en el estudio de la epigrafía maya. El joven José Luis, mostró al arqueólogo sus colecciones de cerámica arqueológica y el diálogo fue breve y fructífero: *-Interesantes muestras ¿de dónde son...?* Preguntó el arqueólogo *-De Palmas de Abajo, cerca de la Villa Rica y de Zempoala-* fue la respuesta. Silencio por parte del maestro...*¡Oiga Usted...!* -insistió el joven- *¡clasifíquelas, por favor...!* *-¡No...! clasifíquelas usted,* -repuso el arqueólogo- *¡pero...si yo no sé...!* Insistió José Luis. La respuesta, *quasi* profética fue contundente, alentadora: *-¡Así aprenderá...!* Diez años después, publicaría su

primera obra antropológica: “Totonacapan”, que causaría revuelo, admiración y elogios por parte de los especialistas en la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología que se llevó a cabo en Xalapa.

Para que lo anterior fuera posible, recorrió muchos caminos, pero su principal fuente de conocimiento y motor de impulso, fue su pertenencia a la Escuela Normal Veracruzana, fundada por Enrique C. Rébsamen y cuyo espíritu aún en estos días deambula por los corredores del edificio. Rébsamen fue recomendado por Porfirio Díaz al gobernador de Veracruz, el Gral. Juan de la Luz Enríquez y éste le encargó la fundación y organización de la Escuela Normal en Xalapa, por aquella misma fecha cuando se cambió la capital del Estado de Veracruz de Orizaba –donde ya había una Normal- a Xalapa. Todo esto se trae a cuento, porque en esta institución, gracias al visionario criterio de Rébsamen, se impartió la materia de “Antropología pedagógica” y el libro de texto, era la “Antropología” de María Montessori. En aquellos tiempos heroicos, la materia era impartida por el mismo Rébsamen. El método rebsamiano era ecléctico, pero básicamente es el proceder de lo fácil a lo difícil, de lo sencillo a lo complejo. Tal enseñanza permeó a través de los tiempos en esa institución educativa hasta los años en que José Luis Melgarejo Vivanco se inscribió y cursó la carrera de profesor de enseñanza primaria.

Por otra parte, el escenario de la Antropología Mexicana, se modificaba constantemente. No hacía mucho tiempo que se habían llevado a cabo las exploraciones en Teotihuacan por Manuel Gamio y los informes finales, resultaban hasta contradictorios, daba la impresión de que los participantes en el proyecto y autores de varios textos, no habían tenido la suficiente comunicación entre sí. De esto se rescata la posición de Don Ramón Mena, quien sostenía una importante presencia totonaca en Teotihuacan; además poco antes, en 1933, Walter Krickeber había publicado “Los Totonaca”. Era la época en que los antropólogos –los arqueólogos- se hacían sobre la marcha, no existía, al parecer alguna norma institucional que marcara una pauta común a seguir. Las esporádicas y azarosas exploraciones arqueológicas intentaban seguir el ejemplo de Gamio en Teotihuacan, sin tener el apoyo institucional correspondiente y terminaban en simples intentos de exploración y restauración, alguna práctica de conservación de los edificios y desmonte, chapeo y limpieza en el mejor de los casos. Difusionistas y anti-difusionistas se enfrentaban en las palestras académicas y se importaban métodos, dogmas y posturas del extranjero, ya fueran de los Estados Unidos, donde la voz de Franz Boas -germano-norteamericano- se hacía escuchar y seguir por sus adeptos en la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología implantada en México o los germanófilos al lado de Hermann Beyer y Eduardo Seler. Eran los tiempos de la guerra y la propaganda de todos los bandos se

trasminaba a las posturas académicas y el gobierno de México -1942- enfrentaba la crisis bélica con el hundimiento de sus barcos petroleros.

En este ambiente intranquilo en lo político y en lo académico, incierto y mundialmente desgarrador, nació el libro "Totonacapan" Su publicación resultó tan impactante quizá por su espíritu cargado de emotividad y por lo tanto, más obra de arte que producto científico, significó un grito de guerra nacido en lo más profundo de la estirpe popular y tal vez por eso, preciso al momento de tomar posiciones. "Totonacapan" fué el fruto de indagaciones acuciosas, siguiendo el método parsimonioso de Rébsamen, de lo fácil a lo difícil, de lo conocido a lo desconocido, planteando preguntas, absolutamente humanista y comprometido. Su hilo conductor, tendió más a plantear la problemática existente en torno a este grupo y establecer en definitiva la existencia de una cultura que ha sido menoscabada y considerada ahistórica por sucesivas generaciones de arqueólogos dudosos de su existencia y devenir, que a ofrecer respuestas y evidencias quizá difíciles de sustentar. A lo largo de sus obras, cuando construye la respuesta lo hace sobre cimentaciones empíricamente sólidas, tal como lo exige el materialismo histórico. Por primera vez, el autor, Melgarejo Vivanco, proyecta una "madurez prematura" al plantear preguntas a cambio de ofrecer respuestas y al hacerlo, inicia una metodología aplicada concienzudamente a lo largo de su obra: señala caminos, abre las brechas a la investigación con cuestiones pertinentes y ofrece las primeras hipótesis sobre la actividad de la cultura totonaca y su incidencia en la conformación de la identidad mesoamericana, de una Mesoamérica aún embrionaria en la mente de Paul Kirchoff. Ese fue el buen éxito y fortuna de "Totonacapan". Llegó en el momento oportuno. Lo más asombroso de esta obra fue su creación, realizada en la investigación y redacción solitaria, sin la intervención de juicios ajenos al autor, sin las presiones de los círculos académicos con los que hay que contemporizar, sin la esperanza de una publicación por una editorial afamada y mucho menos, por los réditos económicos que su venta pudiera generar. Su único estímulo fue el conocimiento de la verdad histórica y arqueológica, de ahí su sinceridad. Esta obra, "Totonacapan", fue su primer trabajo plenamente científico y –a título estrictamente personal- debe ser considerada entre los "clásicos" y de lectura obligada para los estudiantes e investigadores preocupados por el conocimiento de las culturas del Golfo de México, junto con la "Geografía de las Lenguas de la Sierra Norte de Puebla" de Vicente Lombardo Toledano y "Los Totonaca", obra ya mencionada arriba, de Walter Krickeberg.

Después de esta revelación histórico-literaria en la antropología veracruzana, otros vientos soplaron sobre el mundo y a costo del inicio de la Era Atómica, se aminoraron los fuegos bélicos. Para entonces, el Gobierno Estatal encarga a

Manuel B. Trens y a Melgarejo Vivanco, una obra que cubriese la historia estatal desde los tiempos prehispánicos, hasta la conmemoración del Primer Centenario de la Independencia, obra magnífica que ve la luz entre 1947 y 1950. Entre la publicación de “Totonacapan” y la “Historia de Veracruz –época prehispánica” distan apenas unos cinco años, pero la madurez del concepto de la historia exhibida en esta nueva aportación, la calidad de los datos incluidos y el refinamiento del método de investigación y exposición, se han magnificado. Es importante señalar cómo separa el *corpus* no en capítulos arbitrarios, sino en temáticas diferentes que permiten al lector ubicarse en el contexto. A los poseedores de cultura de las épocas más antiguas, les llama Arcaicos. Escribe acerca de la habitación, de la cacería, de las invasiones y migraciones, de la música. Pone en claro el problema cerámico y ofrece soluciones de filiación de algunos de los más relevantes tipos de alfarería. Las ilustraciones a color, son verdaderamente obras de arte, en las cuales lo vívido de las imágenes, permite identificar sin dificultad los tipos cerámicos. El resto de las fotografías es en blanco y negro. Muchas de ellas, perdieron calidad al ser impresas y es una lástima porque las originales, obra del autor, son dignas de mejor suerte.

Esta metodología, habría de conservarla para sus obras históricas sucesivas. La “Antigua Historia de México”, editada por la Secretaría de Educación Pública, en la colección Documentos, en el año de 1975, conserva el mismo formato y metodología de exposición. En esta obra, trasciende de Veracruz a toda la República y transita desde la Prehistoria –ya no les llama Arcaicos- hasta los grupos marginales de Mesoamérica y luego a los Teochichimecas. Vuelve sobre el tema de los movimientos humanos abordando las peregrinaciones tolteca y mexicana y por fin, la fundación del imperio Tenochca. Luego, expone sus hallazgos sobre Astronomía, Calendario y otras materias, abordadas desde la “Historia de Veracruz” y ampliadas ya, sobre un horizonte más diversificado y con mayores recursos. Lo iniciado en “Totonacapan”, encuentra mayor cauce de información y vías de investigación en la “Historia de Veracruz –época prehispánica”. Lo tratado en “Antigua Historia de México”, la constituye uno de los documentos más completos y accesibles de la historia nacional en la época prehispánica. Los conceptos en ella vertidos, lo equilibrado del juicio y la claridad de su prosa, denotan la perfecta madurez del historiador consciente de su compromiso con los lectores e investigadores. En ninguna de las tres obras señaladas, deja al azar la interpretación de datos o la manipula forzando interpretaciones. Por el contrario, exhibe con honradez lo que hasta el momento se sabe y señala cuál puede ser el camino para el esclarecimiento de tal o cual problema histórico o arqueológico. Su prosa nunca es rebuscada ni intenta impresionar al lector con retóricas pretendidamente científicas hurtadas a lenguajes ininteligibles de la ramplonería filosófica o antropológica. Sorprende

además, la cantidad de documentos analizados para construir estas obras. Es verdaderamente asombrosa. Debe considerarse que en la época en que se escribieron tales textos, no resultaba fácil conseguir los documentos y en ocasiones, para tener acceso a un libro era necesario viajar a la biblioteca donde se supusiera que pudiera existir, a veces con resultados infructuosos. Como obra final de su aportación al conocimiento de la cultura Totonaca, quiso cerrar el ciclo para recapitular y observar en retrospectiva el camino recorrido desde “Totonacapan” e inició la construcción de “Los Totonaca y su cultura”, ahora con la experiencia de quien ha visto el acogimiento y destino de sus obras anteriores, pero más que eso, interpretando los hallazgos de otros investigadores y ofreciendo una renovada visión, sintética de esa cultura. Ya para entonces había logrado la fundación de la Facultad, el Instituto y el Museo de Antropología, como la materialización de una búsqueda incesante en el campo de la Arqueología, como la cristalización de un compromiso con el pueblo de Veracruz y de México al preservar sus restos arqueológicos y alentar a las nuevas generaciones a buscar como él, nuevas respuestas a viejas preguntas y además como un homenaje a los antiguos pobladores de esta porción de Mesoamérica. “Los Totonaca y su cultura” vio la luz en 1985. Fue publicada –como otras de sus obras- por la Universidad Veracruzana. Cuando ya estaba terminado el texto, él comentaba en una ocasión con el autor de estas líneas que su mayor problema, como siempre, era el de las ilustraciones...y que ya necesitaba darlo a la imprenta...y que conseguir las ilustraciones, fotos, dibujos, mapas, permisos de publicación de materiales y demás retrasaría demasiado la edición...¿*qué se podrá hacer...*? La respuesta fue muy sencilla y –creo- también breve y fructífera, como la de Enrique Juan Palacios: ¡... *publíquelo sin ilustraciones...*! Y así fue...